

¿CUAN SOCIAL DEBE SER EL LENGUAJE?

CLAUDINE VERHEGGEN
Department of Philosophy
York University
4700 Keele Street
Toronto, M3J1P3
Canada

cverheg@yorku.ca

1. ¿El lenguaje debe ser social en el sentido en que tener un (primer) lenguaje depende esencialmente de significar con nuestras palabras lo que los miembros de alguna comunidad significan con ellas? ¿O debe ser social solo en el sentido de que tener un (primer) lenguaje depende esencialmente de haber usado (al menos algunas de) nuestras palabras, sea lo que fuere lo que queremos significar con ellas, para comunicarnos con otros? Llamo a la primera la tesis comunitaria y a la última la tesis interpersonal. La tesis comunitaria es usualmente atribuida al Wittgenstein tardío. En la medida, por supuesto, en que se le atribuye una tesis social. La tesis interpersonal ha sido explícitamente defendida por Donald Davidson. Aunque estas tesis son relevantemente diferentes, los argumentos dados por ellos –el argumento de la interpretación en el caso de Wittgenstein, y el argumento de la triangulación en el de Davidson– son similares de un modo interesante. Las similitudes entre sus argumentos han sido ampliamente reconocidas, para comenzar por Davidson. Meredith Williams ha dicho que Wittgenstein habría aceptado una versión del argumento de la triangulación, aunque también piensa que el propio argumento de la interpretación de Wittgenstein podría

desplegarse contra la tesis interpersonal de Davidson. Más recientemente, Barry Stroud ha señalado las similitudes entre el argumento de la triangulación en Davidson y las observaciones de Wittgenstein acerca de la ostensión. Aunque al igual que Williams, sostiene que ambos conducen a una tesis comunitaria.

Yo veo los argumentos de la interpretación y de la triangulación como complementarios. Pero creo que la tesis que garantizan es la interpersonal. Lo que Wittgenstein e incluso Davidson fallan en dejar cristalinamente claro, y lo que la mayoría de los comentaristas de ambos, enemigos y aliados por igual, fallan en apreciar, es la plena significación de una afirmación a favor de la que ambos argumentan y sobre la que por lo tanto están definitivamente de acuerdo, a saber, la afirmación de que el significado lingüístico depende esencialmente de las prácticas humanas. Lo que esto implica es que la existencia de normas lingüísticas requiere el reconocimiento de normas lingüísticas. Y este reconocimiento es algo que no puede ser alcanzado, individualmente, sino sólo conjuntamente. Sin embargo, esto a su vez no implica que las normas que gobiernan las aplicaciones de una expresión lingüística de un individuo deban ser las mismas que gobiernan las aplicaciones de la misma expresión usada por otro individuo. Lo cual es decir que el hecho de que el reconocimiento de normas lingüísticas sólo pueda ser alcanzado conjuntamente no implica la tesis comunitaria sino sólo la tesis interpersonal. Comienzo dejando claro el sentido en el cual las expresiones lingüísticas son gobernadas por normas de aplicación.

2. Decir que las expresiones lingüísticas están gobernadas por normas de aplicación es simplemente decir que hay una diferencia objetiva a ser trazada entre la corrección e incorrección de sus aplicaciones, objetiva en el sentido en que no depende simplemente de la opinión de los usuarios del lenguaje sobre la materia. Williams lo plantea de este modo: “las reglas distinguen entre aplicaciones correctas e incorrectas” y “las reglas imponen una restricción sobre la conducta de los individuos que es independiente de su mera opinión”. (1999, p. 157) La idea aquí debería ser trivial y sencilla pero desafortunadamente no lo es. Porque la diferencia entre acciones

correctas e incorrectas de expresiones lingüísticas puede ser construida de diferentes modos, que deberían, aunque no lo son siempre, mantenerse claramente separados. Los escritos de Williams son un caso concreto. Habla indiscriminadamente del contraste entre “performances lingüísticas correctas e incorrectas”, “interpretaciones o continuaciones en el uso lingüístico correctas e incorrectas”, “lo que es correcto y lo que meramente parece ser correcto”, “seguir de la misma manera y meramente pensar que uno está siguiendo de la misma manera”, “hacerlo bien y equivocarse” y hablar bien y “hablar mal”. Pero hay aquí al menos tres tipos de contraste que deberían ser distinguidos, dos de los cuales me parecen esenciales para el significado y uno cuya relevancia es precisamente la cuestión entre la tesis comunitaria y la tesis interpersonal.

Primero existe la diferencia entre significar algo y pensar que uno significa algo, una diferencia que Davidson explica en términos de “nuestra intención de ser considerados como significando lo que uno quiere significar”. Esta intención, dice Davidson, “constituye una norma contra la cual los hablantes y los otros pueden medir el éxito de la conducta verbal”. (1994, p. 6) Así uno puede pensar que significa algo pero se equivoca al respecto en que no ha logrado hacerse entender como pretendía. Como señala Davidson, distinguir entre significar algo y meramente pensar que uno lo hace, apelando a nuestra intención de ser entendido de una cierta manera “asume la noción de significado”. (1994, p. 6) Para empezar no nos dice qué es para una intención tener el contenido que tiene y así para una expresión significar lo que significa. Sin embargo, como Williams lo plantea, “la estrategia griceana no puede funcionar para fundar la normatividad del lenguaje, precisamente porque uno no puede tener las intenciones requeridas sin ser un hablante”. (2000, p. 305) Pero Williams está equivocada al pensar que Davidson alguna vez quiso desarrollar esa estrategia; Davidson no piensa que la estrategia griceana capture todo lo que hay que decir acerca del significado y la normatividad. La comunicación, esto es, la mutua asignación de significados, también depende de que el significado esté sujeto a normas en otro sentido. Este es el sentido sugerido en lo que dije al principio: si las expresiones lingüísticas son significativas, deben tener condiciones de satisfacción – debe haber una diferencia objeti-

va entre decir algo verdadero y decir algo falso, entre obedecer una orden y desobedecerla, etc.

Esta es la diferencia en la que tanto Wittgenstein como Davidson se enfocan, y la cual argumentan que no puede ser trazada –en cuyo caso no puede haber significados lingüísticos– a menos que las normas lingüísticas se apoyen en las prácticas humanas. Reservaré la frase “normas lingüísticas” (o simplemente “normas”) para referir a las normas que gobiernan esta diferencia. Y usaré la frase “normas comunitarias” para referir a las normas que gobiernan una diferencia de otro tipo, una diferencia que algunos piensan que también es esencial para el significado, a saber, la diferencia de acuerdo con la cual el uso correcto es el uso que está de acuerdo con el uso comunitario o experto y el uso incorrecto es el que se desvía del uso comunitario o experto. Por supuesto también hay tal diferencia. Pero es una cuestión abierta si uno no podría usar expresiones significativamente a menos que uno hable como los otros. Es decir, es una cuestión abierta si la existencia misma de normas lingüísticas requiere la de normas comunitarias. Como ya insinué, y como veremos más adelante, los dos tipos de normas no siempre son separados adecuadamente por los defensores de la tesis comunitaria. Pero si la existencia de un tipo depende de la existencia del otro es precisamente la cuestión que divide el campamento comunitario del interpersonal; y que lo haga es algo que ciertamente no puede ser asumido al comienzo de una investigación sobre el significado lingüístico. Paso ahora al argumento de Wittgenstein a favor de pensar que las normas lingüísticas sólo podrían basarse en prácticas humanas, a saber, el argumento de la interpretación de Wittgenstein.

3. En el centro del argumento de la interpretación se encuentra la famosa paradoja de Wittgenstein la cual, si no se resuelve, impide la posibilidad misma de normas lingüísticas y por lo tanto de significados lingüísticos: “ningún curso de acción [ninguna aplicación de una expresión] podría estar determinada por una regla, porque todo curso de acción [toda aplicación] puede hacerse acordar con la regla. La respuesta era: si todo puede hacerse acordar con la regla, entonces también puede hacerse conflictivo con ella. Y así, no habría acuerdo ni conflicto aquí”. (1958, #201) Es bastante incontrovertido

que, según Wittgenstein, lo que lleva a la paradoja es la afirmación de que las interpretaciones son lo que determina el significado de las expresiones lingüísticas. En vista de ello, que esta afirmación daría lugar a la paradoja es en sí incontrovertible. Porque una interpretación es ella misma una expresión lingüística; y por lo tanto también necesita ser dotada de significado y por lo tanto que le sea dada una interpretación. Por lo tanto, en el fondo, algo distinto de las interpretaciones debe determinar el significado. Pero uno puede preguntarse quién haría la afirmación de que las interpretaciones determinan el significado en primer lugar o por qué alguien se molestaría en negarlo. Es aquí que el argumento de Wittgenstein entra en pleno vigor. Porque resulta que un amplio número de teorías del significado están de hecho comprometidas con la afirmación de que las interpretaciones determinan el significado.

De acuerdo con Wittgenstein, cualquier teoría que sostenga que las normas lingüísticas son provistas por ítems que son completamente independientes del uso de las palabras por las personas está comprometida con esta afirmación. En la discusión que precede al enunciado de la paradoja, Wittgenstein se enfoca en ítems internos como imágenes mentales que llegan a la mente y entidades abstractas que son captadas por la mente de los usuarios del lenguaje. Significar algo con una palabra es, en los puntos de vista que examina, asociarla de algún modo con un ítem de uno u otro tipo. Así, para tomar algunos de los ejemplos de Wittgenstein, es asociar “cubo” con una imagen mental de un cubo o “más 2” con alguna fórmula matemática. (1958, ## 139, 151). Sin embargo, el problema principal con estos puntos de vista, es que ninguno de esos ítems lleva su significado a la vista, por así decirlo, sino que cada uno de ellos, tomado por sí mismo, podría servir de ejemplo de una variedad de cosas. Y así cada uno podría servir como una instancia de un tipo en lugar de otro, y proporcionar la norma para las aplicaciones de la palabra con la que está conectado, sólo si fuera interpretado de un modo u otro. En realidad, la indeterminación aquí va en ambos sentidos. Aún si aquellos ítems internos fueran semánticamente transparentes, subsistiría la cuestión de cual de ellos está adecuadamente asociado con alguna aplicación particular de una expresión. Pues esto también es algo que a simple vista es neutro y podría interpretarse de una va-

riedad de modos. Lo que estas observaciones implican es que, sobre estos puntos de vista sobre la determinación del significado, siempre es posible interpretar las palabras de alguien de modo tal que, sin importar cómo uno las aplique, la aplicación sería correcta, o incorrecta, según cual sea el caso. Esto es, lo que estas observaciones implican es la paradoja vista anteriormente. De todas formas, como ya mencionamos, establecer una interpretación no sería de ayuda, porque la misma interpretación tendría que estar dotada de significado, presumiblemente por estar asociada una vez más con algún ítem que es semánticamente ambiguo o, caso de ser transparente, capaz de ser asociado con una variedad de aplicaciones.

Como dije, en la sección que precede al enunciado de la paradoja, Wittgenstein se enfoca sobre ítems internos como candidatos para determinar el significado. Pero el mismo punto pueda hacerse –en efecto, Wittgenstein mismo lo hace– acerca de ítems externos, que son, objetos físicos y eventos en nuestro entorno. Como Wittgenstein deja claro en su discusión de la definición ostensiva, los ítems externos también necesitan ser vistos bajo un aspecto u otro antes de que puedan servir como normas para la aplicación de las palabras usadas para referirlos. (1958, ##28-30) Resumiendo, entonces, la conclusión del argumento de la interpretación es que las normas lingüísticas no están esperando en ninguna parte de un ámbito mental, abstracto o físico, ser descubiertas de alguna manera por los usuarios del lenguaje, sino que deben ser el resultado de lo que hacen los usuarios del lenguaje, lo que Wittgenstein llamó ambigualmente sus prácticas. Esto es bastante incontrovertido entre los comentaristas de Wittgenstein.¹ Lo que lo es menos es la respuesta a la pregunta, ¿en qué tipo de prácticas se basa el significado lingüístico? En particular ¿pueden ser las prácticas de un único individuo? O ¿deben ser las prácticas de un grupo? Aquí vuelvo a Davidson quien sostiene de modo no ambiguo que es la práctica lingüística social, la comprensión mutua, la cual, como el lo dice, “da vida al significado”. (1994, p. 6)

1 En la medida en que deseen atribuirle alguna tesis constructiva a Wittgenstein. Yo pienso que la tesis interpersonal puede encontrarse en sus últimos escritos. Pero la exégesis no es el asunto de este artículo.

4. El argumento de la triangulación de Davidson se entiende mejor como consistiendo de dos pasos, el primero de los cuales puede verse como una variación del argumento de la interpretación de Wittgenstein, y por lo tanto como un diagnóstico del problema enfrentado por ciertas teorías del significado, en lugar de cómo una elaboración de una tesis positiva.² A diferencia del de Wittgenstein, el argumento de Davidson se aplica exclusivamente a los ítems externos como candidatos para determinantes del significado. Davidson en efecto comienza asumiendo lo que llama “externalismo perceptual”, la tesis de que el significado de los enunciados de un hablante está determinado por sus causas típicas, así, en primera instancia, por objetos y eventos en el entorno del hablante.³ Ahora, dado este externalismo, parece como si no fuera necesario que haya una práctica genuina para establecer normas lingüísticas; simplemente se sientan allí, por así decirlo, esperando ser conectados con unas u otras palabras. Y si las prácticas humanas son necesarias, ciertamente puede parecer que las prácticas de un solo individuo lo harían. Pero esto es precisamente lo que Davidson sostiene que no hacen.

Davidson argumenta que no habría respuesta a la pregunta sobre qué causa las preferencias de una persona solitaria, esto es, una persona que ha estado socialmente asilada desde su nacimiento, porque las causas de sus preferencias están “doblemente indeterminadas” (1997, p. 129). Así, no podría decirse no sólo a qué aspectos de los ítems que causan su preferencia está respondiendo – el problema de Wittgenstein; tampoco podría decir si las causas son distales, algo que se encuentra a cierta distancia, o proximales, algo en la piel de la persona. Y por supuesto, dado el externalismo, puesto que no podría decir cuales son las causas de sus preferencias, no podría decir lo que significan, y así una persona solitaria no podría tener un lenguaje. (1992, pp. 199-20) Sin embargo, si una persona “triangu-

2 El argumento de la triangulación, aunque está en el centro de la filosofía de Davidson, ha sido en general mal entendido y, en consecuencia, más a menudo desechado. Véase Verheggen 2007 para una presentación detallada y una defensa contra sus críticas. Para la discusión de las semejanzas entre Wittgenstein y Davidson sobre la interpretación, véase Thornton 1998, Capítulo 6, y Hopking 1999.

3 Davidson ha propuesto esta tesis en numerosos artículos. Véase, por ej., 1987, pp. 29-30. La idea de triangulación fue introducida por primera vez en 1982, p. 105.

la” con otra, esto es, si responde a un interlocutor como también a los rasgos del entorno a los cuales su interlocutor también está respondiendo, entonces sus preferencias podría decirse que tienen causas definidas, a saber, las causas comunes de las respuestas de su interlocutor y de las suyas propias, lo que sea que se localice en la intersección de las dos líneas trazadas desde cada participante en la interacción. Así, de acuerdo con Davidson, una condición necesaria para que alguien tenga un lenguaje es que triángule con otros del modo recién esbozado.

Sin embargo, como Davidson insiste, la triangulación, como ha sido descrita hasta aquí, no es suficiente para la posesión del lenguaje. De hecho, uno puede incluso preguntarse cómo la mera adición de las respuestas de otra persona, o de cualquier número de ellas sobre esa materia, es de alguna ayuda en hacer la causa más determinada. Tal vez ayude a determinar una causa distal en lugar de un proximal. Pero ¿cómo ayuda esto a determinar un aspecto específico de la causa distal? Seguramente, el hecho de que las respuestas se compartan no hace, por sí mismo, que las respuestas sean de un tipo específico en lugar de otro. Como Wittgenstein podría decirlo, las respuestas compartidas pueden ser interpretadas de modo diverso tanto como las individuales y por lo tanto siempre se pueden interpretar de tal manera que se pueda decir que son correctas, o no. Así las respuestas compartidas pueden no ser más significativas que sus contrapartes individuales. Y esto es verdad sin importar cuantas veces se produzca la respuesta. Este punto ha sido subrayado por Stroud, quien escribe: “Sin embargo, en muchas ocasiones exactamente similares, puede ocurrir que el mismo sonido sea proferido en presencia de una causa fijada por la atención compartida de los participantes, lo que ese sonido significa... queda indeterminado por aquellos rasgos de las situaciones ostensivas por sí solas. Esto es porque sea o que sea lo que esta presente y causa la preferencia inevitablemente tiene muchas propiedades diferentes; muchas cosas diferentes serán ciertas de ella.” (2003, p. 672)

Por lo tanto, hasta ahora no hay una diferencia entre el predicamento de la persona solitaria y el de la socialmente situada. Esta es la razón por la que pienso que es mejor ver lo que he llamado el

primer paso del argumento de la triangulación, no como un intento de solucionar el problema de la determinación del significado, estableciendo así el carácter social de lenguaje, sino como la identificación del problema con la tesis de que el significado descansa en puras asociaciones signos e ítems de algún tipo u otro. En efecto, revelando que tanto la persona solitaria como la socialmente situada enfrentan el mismo predicamento, el primer paso del argumento de la triangulación, como el argumento de la interpretación, muestra cuan profundo es el problema realmente.

5. Hasta aquí Wittgenstein y Davidson pueden ser vistos como argumentando en la misma línea, pero ¿cuál es el siguiente paso? En el caso de Wittgenstein, esto no es claro.

Stroud piensa que está siguiendo a Wittgenstein al considerar el predicamento anterior para mostrar la necesidad de la “práctica general de una comunidad lingüística”, esto es una practica dentro de la cual las normas lingüísticas ya están establecidas, haciendo tanto las respuestas de un individuo como de su comunidad determinadas y no abiertas a la interpretación. (2003, p. 673) Estrictamente hablando, esto cuenta más como un rechazo del problema de la determinación del significado que como una solución del mismo. Porque la cuestión de cómo las normas de la comunidad lingüística son ellas mismas establecidas, que debe ser abordada a continuación, queda en pie. Aunque algunos desearían decir que esto es todo lo que Wittgenstein quería decir sobre el tópico, dudo que este sea el caso. Porque él también parece pensar que, porque hay una diferencia entre las aplicaciones correctas e incorrectas de las palabras de un individuo, no es suficiente que use las palabras de un modo que sea conforme con algunos normas, también debe ser consciente de la diferencia. Esto es sugerido por sus observaciones acerca del lenguaje privado, un lenguaje cuyas palabras no podrían, por definición, estar sujetas a algún estándar publico puesto que son supuestamente entendidas y comprendidas sólo por el usuario del lenguaje. Wittgenstein argumenta que el posible usuario del lenguaje privado no podría tener éxito en dotar el signo para su sensación con sentido porque no tiene “criterio de corrección”, es decir, no hay manera de distinguir entre lo que son las aplicaciones correctas para su sig-

no y las que le parece que son aplicaciones correctas. (1958, #258) Esta observación podría ser, y lo ha sido, leída de modos diferentes. Pero me parece que un buen modo, es el literal: el posible usuario del lenguaje privado no puede establecer una norma de corrección para las aplicaciones de sus signos privados porque él mismo no puede distinguir entre aplicaciones correctas e incorrectas. No hay una norma porque no está en posición de reconocer nada como una norma. La preocupación al plantearlo de esta manera, de la que muchos han sido presas, es que hay un paso fácil desde esta lectura a la acusación de verificacionismo: es sólo si un usuario de lenguaje puede comprobar la corrección de las aplicaciones de sus palabras que éstas pueden de hecho estar gobernadas por normas y así tener algún significado. Pero este es un paso demasiado rápido. Porque no se sugiere que cualquier usuario de un lenguaje deba ser capaz de comprobar sus aplicaciones siempre que use sus palabras. La sugerencia es sólo que el posible usuario del lenguaje privado no tiene un lenguaje a menos que pueda reconocer las normas que gobiernan las aplicaciones de al menos algunas de sus expresiones.

Una conclusión análoga es sugerida en otro pasaje en el cual Wittgenstein imagina a un maestro dando instrucciones a un alumno sobre cómo continuar una serie de signos. Allí argumenta que la producción regular de signos por parte del alumno no nos da por sí misma razones para creer que está usando los signos significativamente. Lo que además necesitamos es la interacción real entre el alumno y el maestro, “el fenómeno de una especie de instrucción, de mostrar cómo y de imitación, de tentativas afortunadas y fallidas, de recompensa y castigo y cosas por el estilo” (1978, p. 345). Esta observación podría de nuevo ser leída de una variedad de modos, incluyendo un modo comunitario. Así podría ser leída como diciendo que las regularidades individuales no son suficientes para establecer las normas lingüísticas. Esto –en nuestro caso, las normas que gobiernan las aplicaciones del alumno– debe ser provisto por alguien cuyas palabras ya estén gobernadas por algunas, a saber, el maestro. Pero el pasaje podría nuevamente ser leído como sugiriendo que alguien no podría tener un lenguaje, esto es, usar las palabras de forma estándar, a menos que pudiera reconocer al menos algunas normas como tales. Porque aprender la diferencia entre las

aplicaciones correctas e incorrectas de la aplicación de sus signos es ciertamente una diferencia que la interacción puede producir. En todo caso, en ambos pasajes, definitivamente tenemos la sensación de que ni el potencial usuario del lenguaje privado, ni el potencial usuario de lenguaje solitario podrían trazar la diferencia pertinente y eso pone seriamente en peligro su capacidad para tener lenguaje.

Como dije al principio, Williams atribuye a Wittgenstein una versión del argumento de la triangulación. Ella escribe: "Para Wittgenstein, la individuación de los estímulos y las respuestas (y así, lo que cuenta como lo mismo o no) es una función (en parte) de nuestras reacciones compartidas a los estímulos del entorno y nuestra respuesta compartidas al aprendizaje. Puesto que "lo mismo" y "diferente" no pueden conseguir un apoyo conceptual sin la correlación en las respuestas, se requieren las respuestas compartidas." (2000, p. 312) Sin embargo, no es totalmente claro por qué ella piensa que se requieren las respuestas compartidas y cómo exactamente piensa que pueden determinar las causas o estímulos específicos donde las respuestas individuales no pueden. De todos modos, ella afirma que Davidson malinterpreta el rol de la triangulación al tomarla para proporcionar "evidencia para la hipótesis interpretativa de la conducta lingüística de otros" en lugar de tomarla como siendo, como hace Wittgenstein, "una parte crucial del fondo contra el cual se pueden hacer movimientos dentro de juegos de lenguaje." (2000, p. 311) Además sostiene que la tesis de Davidson, como opuesta a la de Wittgenstein, es realmente reduccionista, donde "juicios de similitud son... reducidos a generalizaciones causales concernientes a nuestras reacciones o sensibilidades comunes al entorno físico." (2000, p. 313) Pero esto es realmente malinterpretar el argumento de la triangulación de Davidson. Williams se enfoca en el primer paso del argumento que, como hemos visto, trata con la localización de la causa común de las respuestas de los interlocutores. Esto, como Davidson enfatiza, es una condición necesaria para la posesión del lenguaje (una que de hecho podría ser cumplida por animales no-lingüísticos); pero el lenguaje no es de ningún modo reducido a esas "generalizaciones causales". En efecto, como he argumentado, el primer paso del argumento de la triangulación se entiende mejor como exponiendo el problema de la determinación del significado que como proveyendo

parte de su solución. Después de haber atravesado por este paso, la cuestión permanece, ¿qué se necesita para que las respuestas de las personas a su entorno determinen causas específicas? Y la respuesta (como hemos visto, resueltamente no reduccionista) que Davidson da explícitamente a esta cuestión es precisamente la sugerida en las observaciones de Wittgenstein que he discutido arriba: los que dan las respuestas deben ser conscientes de la diferencia entre respuestas correctas e incorrectas. Esto, finalmente, nos lleva al segundo paso del argumento de la triangulación de Davidson.

6. Mucho antes de desarrollar el argumento de la triangulación, Davidson sostuvo que, a fin de tener un lenguaje, uno debe tener el concepto de objetividad, esto es, la idea de que las cosas puede ser diferentes de cómo parece que son y que lo que ellas son es independiente de lo que uno piensa que son. (1975, p. 170) En el contexto del argumento de la triangulación esto significa, específicamente, que a fin de que las causas típicas de las preferencias de alguien determinen el significado de esas preferencias no es suficiente, como hemos visto, que interactúe con otra persona que responde a las mismas causas que ella. También debe reconocer esas causas como tales, esto es, como proveyendo las normas para la aplicación de las palabras y de este modo como existiendo independientemente de su responder a ellas. Que se requiera este reconocimiento no debería sorprender a aquellos que han apreciado la gravedad del predicamento en que se encuentra el posible usuario, ya sea por su cuenta o en compañía. Recuérdese que, primero, esta la comprensión de que los significados, esto es, las normas particulares que gobiernan las aplicaciones de las palabras, no están ya hechas sino que son, en parte, el producto de las actividades humanas. Segundo, esta la comprensión de que esas actividades no pueden ser meras respuestas a rasgos del entorno. Porque esas respuestas, por más regulares que parezcan ser y aunque puedan ser compartidas, siempre pueden ser de varios tipos diferentes. No hay nada acerca de éstas o acerca de lo que son respuestas que las haga respuestas de un tipo específico más bien que de otro. Mas bien, ellas son de un tipo específico sólo cuando han sido reconocidas como siendo de ese tipo. Esto es decir que las expresiones lingüísticas pueden ser gobernadas por normas de corrección, y por lo tanto ser significativas, sólo cuando han sido

usadas por personas que tienen el concepto de objetividad.⁴ Ahora, argumenta Davidson, es sólo en un entorno social que uno podría tener el concepto de objetividad –de allí el carácter esencialmente social del lenguaje.

De hecho, de acuerdo con Davidson, es sólo si uno triangula lingüísticamente, esto es, sólo si uno se comunica con otro, que podría tener el concepto de objetividad. En la superficie, parecemos ser confrontados aquí con un círculo muy pequeño: ¿Davidson no está diciendo que uno necesita el concepto de objetividad para tener un lenguaje y que uno necesita tener un lenguaje para tener el concepto de objetividad? De hecho, podemos haber sospechado la existencia del círculo simplemente reflexionando sobre el pensamiento de que presumiblemente uno necesita algunos conceptos de objetos para tener el concepto de objetividad y preguntándose entonces, cómo la posesión del primero también podría requerir la posesión de este último. Y podemos haber sospechado de la existencia del círculo cuando nos dimos cuenta de que, para que haya causas que determinen el significado de las preferencias de uno, uno tiene que decir cuales son esas causas, pues entonces tuvimos que preguntarnos cómo se podría hacer esto sin tener ya un lenguaje. Pero el círculo es menos amenazador de lo que parece. Todo lo que Davidson está diciendo es que la posesión de un lenguaje y la posesión del concepto de objetividad van de la mano, que uno no puede estar en posición de tener uno sin tener el otro. De hecho, sobre las bases del argumento hasta aquí, incluso esta afirmación parece ser demasiado fuerte. Porque, como he reconstruido el argumento de Davidson, es sólo cuando las respuestas al entorno han sido dadas por personas que tienen el concepto de objetividad que esas respuestas pueden tener causas determinadas, por consiguiente ser gobernadas por normas

4 Esto no es como Davidson mismo ha defendido explícitamente, la conexión necesaria entre el lenguaje y el concepto de objetividad. Él usualmente se ha confinado a decir que uno podría no tener un concepto, y entonces significar algo por un término general, sin ser consciente de la posibilidad de aplicarlo mal. (Véase, por ej. 1995, pp. 9-10) Sin embargo, tanto su reconocimiento de que las respuestas que son simplemente compartidas no determinan el significado (2001b, p.8), como su insistencia en que agregar la posesión del concepto de objetividad lo hace, sugiere fuertemente la defensa que he ofrecido.

y por consiguiente ser significativas. Estrictamente hablando, esto deja abierta la posibilidad de que expresiones usadas por alguien que no tiene el concepto de objetividad sean significativas, en la medida en que sean gobernadas por las normas dadas a éstas por otros que tienen el concepto y con los cuales la persona interactúa. Por lo tanto, todo lo que se sigue de mi reconstrucción del argumento de Davidson es que nadie podría poseer un lenguaje a menos que alguien (tal vez algún otro) posea el concepto de objetividad.⁵

Sin embargo, el hecho de que haya un círculo, significa que no se pueden dar condiciones suficientes iluminadoras para la posibilidad del lenguaje. De hecho, hay un círculo que deja claro, contra Williams, que Davidson no está tratando de dar una explicación reduccionista del significado lingüístico.⁶ Sin embargo, la explicación que está dando es más instructiva que la comunitaria atribuida por Stroud a Wittgenstein. Y esto, como ya vimos, también tiene consecuencias para el tipo de tesis social que uno considera que Wittgenstein y Davidson están defendiendo. Recuerde que, para Stroud, después de haber diagnosticado el problema enfrentado por algunas teorías del significado, no queda nada que hacer sino apelar a prácticas lingüísticas comunitarias existentes para explicar qué gobierna

5 Davidson también cree la afirmación más fuerte, y yo también me inclino por ella, aunque sólo sea por la razón que menciono en la anterior nota de a pie de página –es difícil entender la idea de que alguien podría tener un lenguaje si no tiene indicios de lo que dice, sobre el mundo que le rodea y en respuesta a otros, podría estar equivocado. Pero este es un asunto altamente controversial dado el gran número de seres lingüísticos –nos han dicho que niños menores de cuatro años y algunos hablantes autistas– que carecen del concepto de objetividad, en tanto que carecen de la habilidad para atribuir verdad o falsedad a las creencias de otros. Ahora bien, ciertamente no se puede negar que estos seres usan el lenguaje, el lenguaje que les atribuyen otros que tienen el concepto de objetividad. Pero me parece que el mero uso del lenguaje debe ser distinguido de la posesión lingüística completa, y no está totalmente claro cuando el primero se convierte en el último. Tal vez la conciencia de los errores no requiera la habilidad de atribuir creencias falsas a otros. Sea como fuere, esto no afecta a la conclusión de que el lenguaje es esencialmente social, si son correctas las afirmaciones de que la posesión (por algunas personas) del concepto de objetividad es necesaria para la existencia misma de normas y significados y que se requiere un entorno social para la posesión del concepto de objetividad.

6 Como he dejado claro en, por ej., 2001c, p.293.

las aplicaciones de las palabras de un individuo.⁷ Pero Davidson no lo deja en eso. Más bien, como lo entiendo, toma el problema enfrentado por algunas teorías del significado para revelar no sólo la insensatez de buscar una explicación reduccionista, sino también el vínculo esencial entre el significado y el concepto de objetividad, que a su vez revela el carácter esencialmente social del lenguaje. Esta última parte de la explicación es lo que considero a continuación.

Que captar el concepto de objetividad requiere de la comunicación interpersonal es además algo que Davidson ya creía treinta años atrás: “el contraste entre verdad y error... puede emerger sólo en el contexto de la interpretación, que solo nos obliga a la idea de una verdad pública objetiva.” (1975, p. 170) Por lo tanto, no es el caso, como sostiene Williams, de que Davidson necesitara de la “presión de las consideraciones de Wittgenstein sobre seguir una regla” para mitigar sus “fuertes intuiciones individuales sobre el lenguaje”. (2000, p. 299) Sin embargo, es cierto que empezó a referirse a Wittgenstein recién en 1991 y que, posteriormente, fue cada vez más explícitamente siguiendo a Wittgenstein cuando estaba tratando de defender el aspecto necesariamente social del lenguaje. Por ejemplo:

Wittgenstein ha sugerido, o al menos lo considero como habiendo sugerido, que no tendríamos el concepto de hacer las cosas correcta o erróneamente si no fuera por la interacción con otras personas... [En la triangulación] dos... criaturas correlacionan cada una sus propias reacciones al fenómeno externo con la reacción de los otros. Una vez que esas correlaciones se establecen, cada criatura está en posición de esperar el fenómeno externo cuando percibe la reacción del otro. Lo que introduce la posibilidad de error es el fallo ocasional de la expectativa; las reacciones no se correlacionan. Wittgenstein expresa esta idea cuando ... dice que seguir una regla, (hacer las cosas correctamente) es en el fondo una cuestión de hacer como los otros lo hacen. Por supues-

7 Stroud incluso piensa que podemos dar sentido a la idea de un usuario solitario de un lenguaje en tanto que podamos imaginarlo produciendo signos que podemos interpretar de acuerdo con los estándares de alguna comunidad. Ella tendría el lenguaje de cualquier comunidad que la esté considerando. (Véase Stroud 2000 y Verheggen 2005 para una discusión de los puntos de vista de Stroud; Kripke ha hecho una afirmación similar en 1982, p. 111.)

to los otros pueden a veces estar equivocados. El punto no es que el consenso define el concepto de verdad sino que crea el espacio para su aplicación. (1997, 129; véase también 1994, p. 8)

Una persona solitaria, obviamente, nunca puede estar en posición de tener sus reacciones a algún rasgo del entorno en desacuerdo con las reacciones de otra persona. ¿Pero podría una persona solitaria no tener expectativas que resultaran frustradas? ¿Y esto no introduciría las posibilidad del error y crearía el espacio para la aplicación del concepto de verdad? No exactamente. Y esto muestra por qué es la comunicación interpersonal, la triangulación lingüística hecha y derecha, la que se requiere para la posesión del concepto de objetividad.

Recordemos una vez más que, por supuesto, no podemos suponer que la persona solitaria tenga expectativas de que pueda expresarse lingüística o conceptualmente. Todo el punto del primer paso del argumento de la triangulación ha sido mostrar que no podría hacerlo a menos que pudiera fijar las causas de sus preferencias y que esto a su vez requiere que tenga el concepto de objetividad.⁸ Sin embargo, podría replicarse que una persona solitaria podría interactuar consigo misma de modo tal que pudiera eventualmente comunicarse lingüísticamente consigo misma y con ello tener el concepto de objetividad. Pero esto tampoco lo hará y la razón está en una diferencia crucial entre la comunicación interpersonal y la supuesta comunicación intrapersonal de la persona solitaria. Para que la comunicación interpersonal sea exitosa, debe haber un acuerdo genuino sobre cuales son las causas de las preferencias del interlocutor –esto es lo que puede proveer a alguien con la idea de una perspectiva genuinamente diferente de la suya y por lo tanto con la idea de un contraste objetivo entre correcto y erróneo. Como dice Davidson, esta idea no es impuesta en ese contexto. Pero la “comunicación” intrapersonal de la persona solitaria, tiene éxito no importa que, esto es, no importa cómo la persona solitaria trace la línea entre el acuer-

8 Como he argumentado en Verheggen (2007) es un error común (pero fatal) separar las dos tareas que la triangulación se supone que logra: determinar el significado y suministrar el concepto de objetividad.

do y desacuerdo consigo misma, entre respuestas correctas e incorrectas a su entorno. Lo que ella diga es válido, lo que a ella le parece correcto es correcto. Pero entonces no hay modo en que ella pueda captar el contraste objetivo entre correcto y erróneo y de ese modo no hay manera de que pueda por si misma desarrollar un lenguaje.

7. ¿En qué sentido entonces, el lenguaje es esencialmente social?

Si el argumento de Davidson que he presentado es correcto, entonces la razón por la que el lenguaje es esencialmente social es que las normas lingüísticas sólo pueden ser fijadas por aquellos que tienen el concepto de objetividad, que sólo aquellos que se comunican con otros pueden tener. Esto deja espacio para la tesis interpersonal. Porque, aunque al menos algunas normas deban ser fijadas conjuntamente, a través de la comprensión mutua de los interlocutores de cuales son las causas de sus respectivas respuestas, no es el caso que, para cualquier respuesta dada, cada interlocutor deba responder como los otros lo hacen, siempre y cuando estén de acuerdo respecto de qué son respuestas sus respectivas respuestas. Así, no es el caso que, para cualquiera de estas normas, éstas deban gobernar la aplicación de las palabras tanto del hablante como de intérprete. A todo lo que equivale la fijación conjunta es al reconocimiento; por cada uno, de las normas que rigen las palabras del otro. Esto es realmente todo lo que es necesario para la comunicación interpersonal, asignar a las palabras del hablante el significado que él le asigna. Concediendo esto, se puede observar que las personas no van desarrollando los primeros lenguajes respondiéndose unos a otros y a su entorno compartido. Adquieren su primer lenguaje con aquellos que ya tienen uno. ¿Si es así, entonces, no hablan por fuerza el lenguaje de otros? En efecto, hasta tanto no tengan el concepto de objetividad, no podrán estar en posición de reconocer las normas que gobiernan las aplicaciones de sus palabras. Esas normas deberían ser entonces las normas que gobiernan las palabras de aquellos de quienes las obtuvieron. ¿Esto no muestra después de todo que el lenguaje es esencialmente comunitario?

Estas reflexiones parecen ser, al menos en parte, lo que lleva a Williams a afirmar que es así. Ella parece pensar que el foco de Wittgenstein sobre el aprendizaje del primer lenguaje revela la faceta

comunitaria de su tesis⁹ Ella argumenta que hay algunos juicios que deben ser compartidos. Estos son “juicios básicos sobre lo obvio – juicios como los de Moore ‘Esto es una mano’ o ‘Esto es rojo’ dicho de un camión de bomberos.” Tales juicios “constituyen las normas por las cuales los objetos son individuados y la comprensión del juego se pueda evaluar. Tales juicios son juicios básicos de similitud, de qué es lo mismo que qué y de qué es seguir del mismo modo. Tales juicios se hacen a ciegas; esto es, no son hechos a partir de la aplicación de una regla, concepto o hipótesis.” (2000, p. 311) Y presumiblemente estos son los juicios que el niño está haciendo cuando adquiere su primer lenguaje. Así, parece como si no pudiera sino hacer los mismos juicios básicos que su comunidad hace.

Evidentemente, el niño y su maestro, tanto como cualesquiera otros dos interlocutores, deben compartir juicios o creencias acerca de mundo que les rodea si se van a comunicar uno con otro. Lejos de negarlo, esto es algo por lo que Davidson siempre ha instado. Él acepta explícitamente la afirmación de Wittgenstein de que “si el lenguaje es un medio de comunicación debe haber acuerdo no sólo en las definiciones ... sino también en los juicios.” (1958, #241)¹⁰ Sin embargo, continúa Davidson, “esas tesis ... no tienen nada que ver con ... las normas léxicas. No nos dice nada acerca de cómo la gente debería o debe hablar para ser entendida.” (1993, p. 146) El compartir las creencias que hace posible la comprensión del otro no implica que los comunicadores también compartan muchas normas lingüísticas y así muchos significados (aunque éstos siempre pueden por supuesto estar asociados a diferentes palabras). Esto es algo que, es cierto que Davidson raramente ha subrayado, hacerlo suena como si la comunicación requiriera sólo de compartir creencias y no de compartir lenguajes.¹¹ Pero las creencias no pueden ser compartidas a menos que también los conceptos lo sean y por lo tanto el significado de las palabras que expresan. Tal vez Davidson encuentre esto

9 Cf. Bloor 1997, p. 17.

10 Para mas discusiones de la concordancia entre Wittgenstein y Davidson, véase Koethe 1996, postfijo, y Glüer 2001.

11 Este es ya otra acusación de Williams a Davidson. (2000, p. 307)

demasiado trivial como para merecer mencionarlo.¹² Pero lo que subraya es la afirmación mucho menos trivial de que no hay obligación de que alguna creencia o significado particular sea compartido, ni ninguna garantía de que las compartidas continúen siendo compartidas, incluyendo los juicios básicos sobre lo obvio. Porque la afirmación de Davidson es una mucho más radical, precisamente porque el significado es el resultado de las prácticas humanas, porque es creado en lugar de descubierto, el hecho del aprendizaje del lenguaje, lejos de prestar apoyo a la tesis comunitaria, realmente refuerza la tesis interpersonal.

Él escribe:

“Alguien que esta enseñando conscientemente a un principiante el uso de una palabra puede pensar en sí mismo como simplemente transmitiendo un significado que ya conecta con el mundo. Pero desde el punto de vista del aprendiz, la palabra – el sonido– está siendo *dotada* con un significado. Esta es la razón por la que la duda no tiene sentido en el inicio. El primer ejemplo, la primera cosa ostendida, debe, desde el punto de vista del aprendiz, pertenecer a la aplicación de la expresión. Esto es así aún si el maestro falla desde el punto de vista de la sociedad ... La cuestión de lo que otros además del aprendiz, aún su maestro, significan por el sonido es irrelevante ... y vamos a malinterpretar al aprendiz si asumimos que para él tiene algún significado no conectado con ese proceso.” (22012b, pp. 14-15)

Esto no es negar que, en el nivel básico, el niño termine significando con sus palabras lo que su maestro significa con ellas. Ni es negar que el proceso de aprendizaje del primer lenguaje, junto con el compartir necesario de creencias, nos de más razones para pensar que los lenguajes de las personas se superponen mucho. Pero, de nuevo, esto no es decir con anticipación qué significados particulares serán compartidos porque ninguna en particular debe serlo. En resumen, no es que el lenguaje no sea a menudo comunitario; es sólo

12 Esto es sugerido aquí: “No conozco a nadie que niegue [que no podríamos entender a alguien con quien no compartimos un amplio número de conceptos (fundamentales)], ¿cómo podría un intérprete captar, y mucho menos formular, las condiciones de verdad de una preferencia para la cual carece de recursos para concebir?” (1993, pp. 145-146)

que no tiene que serlo. Y este es el caso aún cuando, inicialmente, las normas que gobiernan las aplicaciones de las palabras del niño sean las impuestas sobre ellas por su maestro. Porque el maestro no tiene que interpretar las palabras del niño del modo en que interpreta las suyas propias –este es el punto de la afirmación de Davidson de que incluso la pregunta de qué quiso decir el maestro con el sonido es irrelevante. Finalmente, la parte importante del proceso de aprendizaje no descansa en el modo particular en el cual el niño traza la diferencia entre aplicaciones correctas e incorrectas de sus palabras sino en su adquisición de la idea misma de esa diferencia.

Podemos concluir entonces, contra Williams, que reflexionar sobre el proceso de aprendizaje no da ninguna razón positiva para pensar que el lenguaje es esencialmente comunitario. Pero Williams también tiene preocupaciones acerca de la tesis interpersonal, al menos acerca de la versión de Davidson de la misma. Ella piensa que puede ser un blanco del argumento de la interpretación de Wittgenstein puesto que, dice ella, Davidson no pone atención a la afirmación de Wittgenstein de que hay “un modo de captar una regla que no es una interpretación” y en su lugar sostiene que “la interpretación puede ir hasta el final, esto es, aplicarse a toda cosa que se dice o se presupone con lo que se dice.” (2000, p. 309) El problema aquí, como sabemos, es que, si fuera así, todo lo que se dice podría siempre ser interpretado de modo tal que fuera correcto, o no –de los enunciados siempre podría decirse que son verdaderos, de las órdenes que son obedecidas, etc.– haciendo la diferencia entre las aplicaciones correctas e incorrectas, y por lo tanto a los significados, imposibles. Las preocupaciones de Williams son, de todas formas, infundadas.

Para comenzar, vale la pena señalar que, como Davidson mismo ha dejado claro, no interpreta la palabra “interpretación” como lo hace Wittgenstein, a saber, como la explicación del significado de una expresión por medio de otras palabras. Mas bien, por una “interpretación”, simplemente quiere decir una comprensión de las palabras de otro, que por supuesto sólo puede ser descrita usando palabras. (1994, p. 2) Así, trivialmente, la interpretación va hasta el final, obviamente tanto como la comprensión. Ahora, la aseveración de Williams de que Davidson ignora la afirmación de Wittgenstein

de que hay un modo de captar una regla que no es una interpretación es tenida en cuenta por Davidson al hacer hincapié en que el niño, cuando adquiere un primer lenguaje, no está captando un significado ya adjunto a la palabra. Mas bien, la palabra esta siendo dotada de significado cuando empieza a ser usada, oída y observado su uso por otros. Desde el punto de vista del niño, no hay ninguna regla a ser captada. En efecto, aún desde el punto de vista del maestro podría no haber ninguna regla a ser captada, si resulta que el niño está creando una diferente de la atribuida a la palabra por el maestro. Por supuesto hay una diferencia aquí entre el niño y el maestro quien sólo, en este etapa temprana, puede decir que regla o significado esta siendo adjuntado a la palabra. Así Davidson puede llamar ciegos a estos juicios tempranos, tanto como pueden los comunitarios, puesto que allí no hay reglas a partir de las cuales el juicio proceda. No hay en efecto ninguna razón para pensar que los juicios compartidos que, para Davidson, constituyen la base para la comunicación sean más el resultado de la interpretación que los juicios de base de Williams. Tales juicios, nos recuerda Williams, son hechos correctamente pero sin justificación. Todo lo que podemos decir en su defensa es que entendemos el español. (2000, p. 311) En una vena similar, Davidson podría decir, todo lo que podemos decir en defensa de nuestros juicios compartidos es que tenemos éxito al comunicarnos por medio de ellos.

Sin embargo hay una cuestión más que Williams tiene en mente cuando afirma que, para Davidson, la interpretación puede ir hasta el final. Es la afirmación de Davidson de que, para cualquier preferencia particular que un hablante pueda hacer, podemos tener que interpretarlo de un modo diferente de aquel en el cual estamos preparados a interpretarlo. Esto se debe no sólo a la ocurrencia de malapropismos y otros tipos de “mal hablar” sino también al hecho de que la adquisición de nueva evidencia concerniente a las creencias del hablante junto con la interdependencia de significados y creencias puede llevarnos a interpretar sus preferencias de modo diferente del que habíamos esperado. Tales reinterpretaciones, piensa Williams, tendrían que suceder todo el tiempo, haciendo al lenguaje intolerablemente inestable, en realidad, impidiendo potencialmente que un hablante tenga la misma intención de un momento a otro,

ya que su sistema de creencias y por lo tanto los significados de sus expresiones cambian constantemente. De acuerdo con Williams, este constante cambio se debe al uso necesario del interprete del principio de caridad, que ella entiende como la maximización de las creencias verdaderas. (2000, pp. 305-6)

Pero esto es una caricatura (desafortunadamente bastante común) de los puntos de vista de Davidson. El mandato central del principio de caridad no es “maximizar las creencias verdaderas” sino “maximizar la inteligibilidad”. Como Davidson mismo escribe, “la meta de la interpretación no es el acuerdo sino la comprensión”. (1984, p. xix) Es esto lo que requiere la atribución de muchas creencias verdaderas, muchas de las cuales, como señalamos, el hablante y el intérprete deben compartir si la interpretación es posible. Además, la exigencia de que se maximice la inteligibilidad requiere que las normas básicas de racionalidad sean respetadas. Y sería contrario a esas normas interpretar a alguien de modo tal que sus intenciones resulten totalmente inestables. Ahora bien, que podamos algunas veces reinterpretar la proferencia de un hablante para hacerla verdadera, o de tal manera que el hablante se vuelva inteligible, obviamente no implica que todas sus creencias sean verdaderas o que las aplicaciones de sus palabras no sean gobernadas por normas de corrección, incluyendo las aplicaciones de las palabras que hemos reinterpretado. Por ejemplo, alguien que declara, “Allá hay alegorías”, puede correctamente ser interpretado como refiriéndose a cocodrilos¹³, a pesar de que se equivoca. O alguien cuya palabra “artritis” reinterpretamos porque continúa diciendo, “Tengo artritis en mi muslo”, puede estar equivocado cuando declara “Mi tío sufre de artritis”. Es precisamente que, para reiterarlo una vez más, para una proferencia particular, no se diga de antemano cuáles podrían ser sus normas de aplicación y, ciertamente, no se diga qué normas se comparten. La comunicación exitosa solo garantiza que algunos normas u otras son compartidas.

13 La expresión inglesa para “cocodrilos” es “alligators”, y para “alegorías” es “allegories”. Este parecido desaparece en la traducción casatellana, lo cual no daría lugar al malapropismo. Preferimos dejar el ejemplo original y subsanar las oscuridades resultantes con esta nota. (Nota del traductor)

En punto merece ser enfatizado porque pienso que lo que tenemos aquí es un síntoma de la confusión sobre dos tipos de normas y por lo tanto los dos tipos de diferencia entre aplicaciones correctas e incorrectas que he contrastado al inicio de este artículo. Tómese el ejemplo de Davidson de la Sra. Malaprop quien significa epíteto por “epitafio”. (1986, p. 443) La caridad en efecto dicta que reinterpretemos sus palabras de modo tal que – si no lo hiciéramos, ella difícilmente resultaría inteligible; de todos modos podríamos fallar en comprenderla. Reinterpretarla implica que usa “epitafio” incorrectamente, *de acuerdo con las normas de la comunidad de habla española*. Pero esto no implica que ella no pueda usar “epitafio”, significando epíteto, para hacer un enunciado falso; no implica que ella no podría aplicar mal “epitafio”, *de acuerdo con la norma que ella adjunta, y es interpretada como adjuntada, a la palabra*. En otras palabras, que siempre apuntemos a una interpretación correcta, es decir, a una asignación correcta de significado, no implica que la aplicación misma sea siempre correcta; no elimina la diferencia que es relevante al significado. Es aferrarse a la otra diferencia lo que oblitera el significado, ya que lo hace por la ininteligibilidad o el malentendido, es decir, el fracaso de la comunicación. Lo que esto muestra es que lo que, en el fondo, hace al lenguaje esencialmente social, que el significado se basa en prácticas humanas, también lo hace esencialmente interpersonal y no comunitario.¹⁴

Versión española de Carlos Caorsi.

Referencias

- Bloor, D. 1997, *Wittgenstein, Rules and Institutions*, London y New York: Routledge.
- Davidson, D. 1975, “Thought and Talk”, en Davidson 1984.
- Davidson, D. 1982, “Rational Animals”, en Davidson 2001a.
- Davidson, D. 1984, *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford: Clarendon Press.

14 Como siempre gracias a Robert Myers por sus comentarios sobre borradores anteriores de este artículo.

- Davidson, D. 1986, "A Nice Derangement of Epitaphs", en *Truth and Interpretation: Perspectives on The Philosophy of Donald Davidson*, Edit. E. Lepore, Oxford: Basil Blackwell.
- Davidson, D. 1987, "Knowing One's Own Mind" en Davidson 2001a.
- Davidson, D. 1991, "Three Varieties of Knowledge", in Davidson 2001a.
- Davidson, D. 1992, "The Second Person", en Davidson 2001a.
- Davidson, D. 1993, "Reply to Akeel Bilgrami", en *Reflecting Davidson*, Edit. R. Stoecker, Berlin and New York: Walter de Gruyter.
- Davidson, D. 1994. "The Social Aspect of Language", en *The Philosophy of Michael Dummett*, Edit. B. McGuines y G. Oliveri, Dordrecht: Kluwer.
- Davidson, D. 1995, "The Problem of Objectivity", en Davidson 2004.
- Davidson, D. 1997, "The Emergence of Thought", en Davidson 2001a.
- Davidson, D. 2001a, *Subjective, Intersubjective, Objective*, Oxford: Clarendon Press.
- Davidson, D. 2001b, "Externalism", en Kotatko y otros, 2001.
- Davidson, D. 2001c, "Comments on Karlovy Vary Papers", en Kotatko y otros, 2001.
- Davidson, D. 2004, *Problems of Rationality*, Oxford: Clarendon Press.
- Gluer, K. 2001, "Wittgenstein and Davidson on Agreement in Judgment", en *From the Tractatus to the Other Essays*, ed. G. Olivieri, Peter Lang, Europaischer Verlag der Wissenschaften.
- Hopkins, J. 1999, "Wittgenstein, Davidson, and Radical Interpretation", en *The Philosophy of Donald Davidson*, edit. L.E. Hahn, Chicago and La Salle, Illinois: Open Court.
- Koethe, J. 1996, *The Continuity of Wittgenstein's Thought*, Ithaca and London: Cornell University Press.
- Kotatko, P., Segal, G. Y Pagin, P. 2001, *Interpreting Davidson*, Stanford: Center for the Study of Language and Information.
- Kripke, S., 1982, *Wittgenstein on Rules and Private Language*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Stroud, B. 2000, "Private Objects, Physical Objects, and Ostension", en su *Meaning, Understanding and Practice: Philosophical Essays*, New York: Oxford University Press.
- Stroud, B 2003, "Ostension and the Social Character of Thought", *Philosophy and Phenomenological Research*, Vol LXVII, N3.

- Thornton, T. 1998, *Wittgenstein on Language and Thought*, Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Verheggen, C. 2005, "Stroud on Wittgenstein, Meaning and Community", *Dialogue* XLIV.
- Verheggen, C. 2007 "Trinagulating Triangulating With Davidson", *The Philosophical Quarterly*
- Williams, M. 1999, *Wittgenstein, Mind and Meaning*, London: Routledge.
- Williams, M. 2000, "Wittgenstein and Davidson on the Sociality of Language", *The Journal for the Theory of Social Behaviour* 30: 3.
- Wittgenstein, L. 1958, *Philosophical Investigations*, G.E.M Anscombe (tr.) 3rd edición, New York, Macmillan.
- Wittgenstein, L. 1978, *Remarks on the Foundations of Mathematics*, G.H. Wright, R. Rhees, G.E.M. Anscombe (edits), G.E.M. Anscombe (tr.) edición revisada, Cambridge, Mass: MIT Press.